

## GEOGRAFIA LONDINENSE DE DOMINGO RIVERO (Sugerencias para un capítulo de la vida del poeta)

JORGE RODRÍGUEZ PADRÓN  
Universidad Complutense de Madrid

En 1967 se publicó, en Madrid, *Domingo Rivero, poeta del cuerpo*, estudio biográfico y crítico del poeta grancanario, que conseguí concluir aun con muchas limitaciones documentales y, sin duda, con la torpeza propia de un investigador y escritor primerizo, como lo era yo entonces con apenas veintitrés años. Un atrevimiento de la edad, debo reconocer hoy. Publicación, en consecuencia, algo precipitada (y rodeada, además, de inconvenientes ajenos a la voluntad del autor y del editor) lo que ayudó más bien poco a que Domingo Rivero saliera, como merecía, de aquel anonimato a voces en donde por ese entonces se hallaba confinado. Por fortuna para el poeta, y para su memoria tan necesaria, Eugenio Padorno culminaría, en 1994, un trabajo muy completo, enjundioso y críticamente revelador, en el cual biografía y crítica se hallan complementados, no ya por una simple muestra antológica, como en mi libro, sino con una también minuciosa recopilación (y cotejo textual) de toda la obra poética de Domingo Rivero; amén de importantes apéndices documentales y un sin-fín de notas igualmente sustanciosas<sup>1</sup>.

Lo más difícil de reconstruir, incluso en el exhaustivo estudio de Eugenio Padorno, ha sido la biografía del poeta. Y de esa biografía, en particular, los años de formación. Que Domingo Rivero es un poeta tardío se ha dicho siempre, y se demuestra con sólo fijarnos en las fechas de sus primeros poemas. Pero no creo que tal circunstancia invalide el hecho de la influencia que pueda (y deba) tener, en el conocimiento y estudio de su obra, la formación intelectual y humana que habría de sustentar (y de hecho sustenta) tan madura –y madurada– escritura. Sin embargo, hay muy pocos datos que nos permitan iluminar ese período de la vida del poeta. Eugenio Padorno ha exhumado cuanto documento existe orientado a facilitar la comprensión de esa trayectoria inicial seguida por Rivero, y conocer así, de manera incontestable, qué elementos van determinando el pensamiento del escritor y sus inclinaciones literarias, manifestados luego –el uno y las otras– en la espléndida singularidad de su poesía.

Pero es que, dentro de ese primer plazo de la biografía adulta de Domingo Rivero (en el estudio de Eugenio Padorno, unas quince páginas) hay aún otro vacío que me parece imprescindible llenar, si no con certezas documentales (nada indica que haya otras, aparte las consignadas por Padorno), sí –al menos– con una serie de referencias laterales que desearía reunir aquí, porque con ellas me he tropezado, de forma imprevisible, tantas décadas después de haber transitado el espacio poético riveriano. Me refiero al viaje que nuestro poeta hace, entre 1870 y 1873, a París y a Londres: “una secuencia biográfica –escribe Eugenio Padorno– que ha resultado enmarañada por trabajos que han estado más atentos a exornar con notas románticas lo desconocido que a orillar los ribetes fantásticos en que pudieran incurrir”. Y Padorno se aplica a arrojar toda la luz posible sobre ese período, a fin de despojarlo de su ropaje de ficción y habladurías, por más que afirme seguir tropezando con muchas incógnitas ya casi imposibles de despejar<sup>2</sup>.

Apenas unas pocas certezas: el primer verso del famoso poema que Rivero dedicara a Fermín Salvochea, sitúa a nuestro poeta en París, en 1870; una carta, de 1926, que el poeta envía a su hijo Fernando, a la sazón en Londres, en la cual Domingo Rivero recuerda su estancia en aquella ciudad (dice haber residido allí entre 1870 y 1873) y relaciona algunos

lugares, para él memorables, de su geografía londinense. Eugenio Padorno, a la vista de esas fechas que el propio poeta da, concluye que la estancia en París hubo de ser muy breve –acaso un simple tránsito– y que, si 1873 es el año en que comienza sus estudios de Leyes, en Sevilla, tras haber regresado de Londres a Las Palmas, el tiempo en que residió en la capital británica no fue mucho más allá de los dos años y algunos meses (hay constancia documental de que, ya en enero de 1873, figura como socio del Casino Democrático de Guía<sup>3</sup>). Y otro documento acreditativo: la tarjeta de estudiante de la Faculty of Arts and Laws, del University College de Londres, expedida a nombre de Rivero para el curso de verano de 1871-1872, matriculado en la asignatura de Matemáticas.

Sumemos a lo dicho dos referencias más: la lectura y traducción que el poeta hace de algunos escritores de lengua inglesa que podrían haberle interesado; las alusiones –éstas sin confirmar documentalmente– a la inclinación de Domingo Rivero hacia la personalidad y la obra de Thomas Babbington Macaulay (1800-1859), según refiere Ventura Doreste, y a un posible contacto personal con el poeta Rupert Brooke, de quien Rivero tradujo “The Soldier” y a quien pudo conocer durante una estancia del poeta británico en Las Palmas, según nos dijera Luis Benítez Inglott. Lo demás, sólo mera conjetura; cuando no tergiversación de la verdad, bien porque se ha hablado mucho de oídas, bien porque ha habido demasiado pudor a la hora de confirmar ciertos extremos, bien por una evidente confusión entre las diversas circunstancias por las que hubo de pasar la vida de Domingo Rivero. Difícil será ya –por no decir imposible– tener un conocimiento completo y fidedigno de la secuencia biográfica del viaje del poeta a París y Londres, empezando –incluso– por la reconstrucción del propio trayecto seguido durante ese periplo. Por tanto, sólo aventuraré aquí algunas cuestiones que quizá ayuden a ir llenando –siquiera parcialmente– esa casilla vacía.

Aunque yo había visitado Londres en varias ocasiones (la primera, además, en 1969, recién publicado mi estudio sobre Rivero), siempre pensé que sería imposible seguir su rastro en aquella capital, habiendo transcurrido tanto tiempo; no conocía entonces –como es lógico– los documentos aportados por Eugenio Padorno en relación con el tema. Así que, en mis dos últimos viajes, la curiosidad más que la casualidad

(aunque ésta también ha tenido mucho que ver) me ha guiado hasta el Londres de Domingo Rivero, siguiendo las indicaciones de éste, en aquella carta de 1926 a su hijo Fernando. Mi interés primero consistió únicamente en reunir algún material fotográfico con el cual recuperar –dentro de lo posible más de un siglo después– el paisaje urbano que, si nos atenemos a lo que el escritor dice, dejó una cierta huella emocional en él<sup>4</sup>. Si, desde St. Giles Circus, se avanza hacia el norte entre el bullicio comercial y el tráfico urbano de Tottenham Court Road; si se gira a la derecha, en Torrington Place, y se cruzan, sucesivamente, Grower Street y Mallet Street, desembocaremos en Torrington Square, donde el poeta residió, en una casa de huéspedes sita en el número 19. En la referida carta, anima a su hijo Fernando a que se acerque por esos alrededores y compruebe si, todavía en 1926, sigue existiendo la casa donde vivió y si cuanto de allí recuerda se mantiene como entonces.

Hoy, Torrington Square prácticamente ha desaparecido. Sabemos que, ya en 1880, al abrirse Mallet Street, la plaza hubo de sufrir una primera transformación; pero ahora ni siquiera existe como tal, apenas quedan edificios de la época; diversas dependencias y departamentos universitarios, de construcción funcional, lo ocupan todo y han cambiado por completo la fisonomía del lugar, que quizá podamos evocar en la vecina Woburn Square. Por los edificios del siglo XIX que aún se conservan en Torrington Square, correspondientes a los números 27 al 31, podríamos suponer cómo fue el domicilio londinense de Rivero. Testigos de esa geografía riveriana son, todavía, la encrucijada que, al norte de la plaza, forman Torrington Place y Byng Place con Gordon Street, presidida por la sólida arquitectura neogótica de la Catholic and Apostolic Church<sup>5</sup>; por el sur, Montague Place aún hace frontera entre los restos de Torrington Square y la fachada norte del Museo Británico, al cual también alude Rivero, aunque sin identificar expresamente. De ahí podemos cruzar hasta Russell Square (amplio espacio urbano presidido por la imponente fachada del Hotel Imperial) que cierra por el oeste el territorio londinense que nuestro poeta habitó. Curioso, cuando menos, que Domingo Rivero olvidara mencionar a su hijo la ubicación del University College, relativamente próximo al que fuera su domicilio, al norte de Grower Street, lindando ya con Euston Road: edificio singular donde los haya, con imponente cúpula y solemne pórtico neoclásicos.

Como ya dije, mi visita inicial sólo pretendió ser homenaje a la memoria del escritor, que deseaba recuperar en la imagen de su espacio urbano mientras residió en Londres. Sin embargo, en una segunda visita, meses después, quise repetir (y repetir) aquel itinerario porque me había planteado ciertas cuestiones, referidas ahora a la relación personal e intelectual de Domingo Rivero con el ámbito social y cultural en que habitó, durante un plazo que entiendo crucial en su vida; cuestiones que tenían que ver también con el modo en que todo ello pudo haber influido en su formación. Porque nuestro futuro escritor llega a Londres en 1870, momento en el que comienza el crecimiento moderno de aquella ciudad, y a partir del cual habría de adquirir esa condición de gran urbe que hemos conocido después: en el 68 se había inaugurado el metro; en el 70, año de la muerte de Dickens, se inicia la construcción de muchos de los edificios más emblemáticos de la capital; en el 71 se inaugura Victoria Station... Quedan, sí, restos de la vieja ciudad, sórdida y miserable en muchos aspectos; quedan aún diversiones como las peleas de perros o de gallos. Arthur Machen (1863-1947), refiriéndose concretamente al distrito en donde Rivero hubo de residir, dice que era por entonces un mundo fascinante y extraño, de rincones inesperados y calles sorprendentes: “no hay maravilla, misterio o cosa terrible –escribe Machen– que no se encuentre en aquella especie de mundo nuevo, de reino aún por descubrir, que son los alrededores de Gray’s Inn”.

Pero ese crecimiento físico de la ciudad será paralelo a su desarrollo social e intelectual. Una vigorosa actividad política se orienta, sobre todo, a conseguir profundos cambios legislativos que redunden en la mejora de la sociedad; el desarrollo del pensamiento positivista y la fe en el progreso serán decisivos en este sentido: tiempo para los grandes reformadores –en las ideas y en la acción social– empeñados en cambiar aquella férrea estructura de clases cuyos estrictos códigos dificultaban tanto dichas transformaciones. Digamos –limitándonos a los años londinenses de Rivero– que, en 1869, se habían publicado libros como *The Subjection of Women*, de John Stuart Mill, sobre la emancipación de la mujer, o *Culture and Anarchy*, de Mathew Arnold, donde aborda los problemas sociales y políticos que afectan al individuo y a la sociedad, en una nueva clase media industrial y mercantil recién consolidada; en 1871 y 1872, Charles

Darwin publica algunas de sus obras fundamentales, y Lewis Carroll hace lo propio con *A través del espejo*; Thomas Hardy o Alfred Tennyson también publican por entonces. En 1873 aparecerá la *Autobiografía*, de John Stuart Mill. Pero de todos estos profundos, sucesivos y acelerados cambios, quisiera referirme a aquellos que –en mi opinión– más cerca anduvieron de influir en la formación del joven Rivero: téngase en cuenta que llega a la capital inglesa con apenas dieciocho años.

En primer lugar, la agitación revolucionaria que, desde 1837, se desarrolla en Clerkenwell. Prohibidos en 1842, los mítines públicos se siguieron celebrando en locales como Lunt's Coffee House o Northumberland Arms. En 1871, con los vientos de la Comuna soplando desde París, Clerkenwell Green apareció engalanado con banderas rojas. ¿Será conjeturar en exceso si digo que Fermín Salvochea –que se traslada a Londres, desde París, en 1871, y reside allí hasta el 73– pudo haber participado en tal agitación libertaria? ¿Cuando Rivero dice haber conocido al revolucionario gaditano en París, se refiere sólo al hecho de haberlo visto fugazmente, quizá en algún acto público, o trabó alguna relación más cercana con él, que pudiera haber continuado en Londres? Se sabe que John Stuart Mill (1806-1873) procuró canalizar tanta actividad revolucionaria con la creación del London's Patriotic Club, un espacio para el debate político ordenado, en medio de aquel distrito londinense famoso entonces por su sorprendente vida democrática. Por allí anduvieron Eleanor Marx y Pietr Kropotkin, entre otros...

Si he resumido esa actividad libertaria desplegada, durante más de treinta años, por los revolucionarios de Clerkenwell, es porque de aquel distrito habría de trasladarse al vecino Bloomsbury –donde Rivero residía– transformada ya aquella acción en un pensamiento libre, abierto y plural que animaría no sólo los cambios políticos del momento, sino que hubo de influir –sobre todo– en los filósofos, artistas o escritores que se daban cita en Bloomsbury. La Logia Masónica de Great Queen (hoy en ese mismo emplazamiento) fue centro de lo que por entonces se consideraba una orden clandestina y controvertida, cuyos adeptos se declaraban herederos de todo el saber anterior a la Biblia; en Russell Street se reunía la Sociedad Teosófica; hacia mediados del XIX, aquel espíritu entre místico y solidario habría de consolidarse con la fundación

de la South American Missionary Society y con la Swedenborg Society que, fundada en 1805, se trasladó por entonces a su actual emplazamiento de Bloomsbury Way.

Dije que filósofos, artistas y escritores vinieron a dar su personalidad al distrito de Bloomsbury, desde 1830 en adelante. Así, Herbert Spencer (1820-1903), partidario de los principios evolucionistas y defensor del carácter religioso del progreso cósmico: si la realidad última y absoluta es inaccesible, y así la religión se hermana con la ciencia, ambas –ciencia y religión– arraigan en el misterio “que siempre exige ser interpretado”. Así, también Jeremy Bentham (1748-1832), filántropo y político, cuyos textos de leyes y economía parten de los principios del iluminismo (la máxima felicidad posible para el mayor número posible de personas, como única medida legítima para distinguir el bien del mal) y desembocan en sus más ambiciosas propuestas sobre moral social, de carácter utilitarista, doctrina en la que sería pionero (su propósito, hacer de la moral una ciencia exacta)<sup>6</sup>. Bentham, con un grupo de radicales utilitaristas y librepensadores, entre los que destacan el político Henry F. Brougham (1778-1868), lord Canciller entre 1830 y 1834, y el poeta escocés Thomas Campbell (1777-1844) que se encargaría de redactar el manifiesto fundacional (publicado en *The Times*, en febrero de 1825), pone en marcha, en 1826, su proyecto más ambicioso, el University College de Londres.

Se trata de la primera institución universitaria del Reino Unido inspirada en los principios del utilitarismo: no quiere formar eruditos ni intelectuales de élite, a la manera de Oxford o Cambridge; su objetivo, preparar a los futuros médicos o ingenieros, dedicando especial atención a las enseñanzas técnicas, pero también a la literatura. Su pretensión, sobre todo, abolir el carácter eclesial que aquellas dos instituciones tradicionales habían impuesto en los estudios y en la vida universitaria. Y puesto que los miembros fundadores del University College –a los que habría que añadir a Joseph Hume, James Hill o Zachary Macaulay<sup>7</sup>– eran utilitaristas radicales y pertenecían a confesiones religiosas diferentes, ése fue el espíritu –radical e igualitario también– que impulsieron al University College, empezando por admitir estudiantes no anglicanos, fomentando además que residiesen fuera del recinto universitario, para que sus ideas y su modo de vida no se vieran interferidos por la disciplina docente o la ideología de la institución.

El University College tiene su propio edificio ya en 1829; por más que, un año antes, otro grupo de políticos e intelectuales conservadores, liderados por el duque de Wellington y los obispos de la Iglesia de Inglaterra, fundaran –en el Strand– el King’s College, para competir con aquel otro que llamaban “el *College* sin Dios”. Pero ni uno ni otro llegarían a obtener el estatuto real que habría de confirmarlos como institución universitaria, a causa de las presiones políticas con que, mutua y alternativamente, radicales y conservadores se esforzaron en impedirlo. Ello hará que, en 1836, se cree la Universidad de Londres, entidad en principio sólo administrativa (no impartía clases), para proponer los exámenes y expedir los títulos académicos de los dos *colleges* en conflicto. No obstante, el carácter progresista del University College se mantiene y potencia en los años sucesivos: por ejemplo, es la primera universidad que abre sus puertas a la mujer (1849); que imparte clases nocturnas para los trabajadores londinenses (1850); que establece los estudios científicos como disciplina universitaria (crea una Faculty of Sciences en 1858 y promueve la investigación en todos los campos de la ciencia). En 1871, precisamente, el University College crea The Slade School of Fine Art, donde se formaron artistas interesados en las más avanzadas corrientes de la pintura y la escultura.

Además, el patrimonio del College se enriquecería con diversas esculturas de John Flaxman y con una colección de antigüedades egipcias del pionero de la arqueología Flinders Petrie. Entre sus profesores, Alexander G. Bell (1819-1905) o sir Francis Galton (1822-1911), adelantado en la investigación genética encaminada a la mejora física y mental de las especies, cuyos libros se publicaron en 1869, *Hereditary Genius*, y en 1883, *Inquiries into Human Faculty*. En fin, fueron estudiantes destacados del University College, Emily Davison, mártir del sufragismo, Mary Stopes, pionera en la defensa del control de natalidad, el empresario Richard D’Oyly o el pintor Walter Sickert (7 bis). Verdad es que, hacia 1870, cuando el joven Domingo Rivero llega a Londres, el University College llevaba más de treinta años bajo la tutela, bien que administrativa, de la Universidad; pero no por ello se habría atenuado, ni menos adulterado, aquel espíritu fundacional: recordemos que nuestro poeta se matricula en una Faculty of Arts and Laws, para hacer un curso elemental de Matemáticas precisamente.

Aunque se prolongó durante casi tres años, la estancia de Domingo Rivero en Londres fue, sin duda, demasiado breve; pero la particular sensibilidad política e intelectual de nuestro escritor, ya apuntada en su temprana juventud como refiere Eugenio Padorno (y el hecho de haber conocido en París a Salvochea, por superficial que fuese ese conocimiento, ya indica que Rivero sabía del personaje y tenía interés por él); esa sensibilidad –digo– no podía permitir que le pasara inadvertida toda aquella actividad que se vivía en el distrito londinense donde residió, y que en el University College tenía, sin duda, su primer y más bullicioso centro de irradiación. Puede ser que la razón de residir en Torrington Square se debiera, tan sólo, a la proximidad con el centro en que se había matriculado (si es que siguió estudios durante todo su tiempo londinense); pero, ¿no es bastante verosímil que Rivero llegara a tal domicilio sabiendo que Bloomsbury, como muchos reconocían en aquel momento, era el equivalente en Londres al Quartier Latin parisino?<sup>8</sup> Cerca de él vivía –y habría de cruzarse con ellos, aunque no siempre alcanzara a reconocerlos– gente como William Morris (1834-1896) o Edward Burne-Jones (1833-1898), como Arthur Connan Doyle (1859-1930) o Algernon Swinburne (1837-1909). En la misma Torrington Square, en el número 30, residió, y allí acabó sus días, la poeta romántica Christina Georgina Rossetti (1830-1894), hermana de Dante Gabriel (1828-1882), pintor de vida atormentada y excéntrica, cuyo pre-rafaelismo tanto habría de influir en los poetas simbolistas de toda Europa: aquella pintura suya que, inspirada en los principios del pensamiento visionario y esotérico (en la estela de William Blake), despreciaba todo academicismo para recuperar el aura melodramática y misteriosa del mundo medieval.

Si he relacionado aquí todas estas cuestiones, si he traído a colación esos nombres de artistas e intelectuales, si he resumido, con cierto por menor, las actividades más relevantes que en los últimos setenta años del XIX se producen en el distrito londinense de Bloomsbury, es porque podrían hacernos entender algo más de la estancia de Domingo Rivero en la capital británica. De todas formas, y como al comienzo indicaba, sólo puedo presentarlo como sugerencia de lo que, tal vez, fue parte importante del período de formación de nuestro poeta. Creo, por ejemplo, que valdría la pena explorar, en la obra escrita por Rivero, un posible sed-

imento de *lo incognoscible*, tal y como lo entiende Herbert Spencer: valoración del tiempo, del espacio o de la conciencia en tanto enigmas imposibles de descifrar a través de la ciencia o la razón, e inabarcables para la relatividad o la limitación de nuestro conocimiento (“La muerte es el soberano/ consuelo al dolor humano./ Para mis ojos vacíos/ no tendrá velo el Arcano,/ y sobre mis huesos fríos/ el tiempo pasará en vano”); la consecuente necesidad de expresar ese conocimiento mayor con símbolos, única forma en la que se manifestarían, según Spencer, esas fuerzas desconocidas del universo. Creo —otro ejemplo— que un planteamiento como el de Jeremy Bentham sobre el placer y el dolor, debería ser tenido en cuenta como motor primero de la escritura riveriana: elementos que, para el fundador del University College, explican la conducta humana y son motivos centrales de toda acción moral (“Sólo sé que en tus hombros hice mía/ mi cruz, mi parte en el dolor humano”).

Vale la pena anotar que tanto Jeremy Bentham como James Mill, inspiradores de la fundación del University College, habían sido —en su momento— apóstoles de una concepción liberal, en lo político y en lo religioso, y también de lo económico, que superaba la simple opción del libre comercio, defendida por el resto del liberalismo decimonónico. Para ambos, al individuo le era dado pensar y (en gran medida) actuar con toda libertad, pues sólo así se conseguiría el equilibrio económico de fuerzas necesario para realizar aquel ideal de “la mayor riqueza para el mayor número posible de personas”. De este modo, la abundante legislación que inspiraron, encaminada a susperar restricciones e impedimentos de toda clase —emancipación de los católicos, garantías para que los judíos pudieran formar parte del Parlamento, y hasta el propio establecimiento del libre comercio—, fue consecuencia de esa actitud ideológica, al margen de que tales leyes fuesen presentadas y defendidas por gobiernos liberales o conservadores.

Pero ese utilitarismo naciente, arraigado en el progreso científico y técnico, y en las mejoras sociales que un crecimiento (y poder) económico sin precedentes proporcionaba, se prolongará en un debate, cada vez más profundo y complejo, entre el progreso material en sí mismo (su bondad y utilidad nunca negadas) y la frágil condición humana, en lo que a su voluntad de alcanzar la felicidad se refiere. Procedente de las

propuestas de Bentham (en cuyos textos se formó, de cuya influencia se desmarca en 1826 y a quien dedica un significativo ensayo crítico en 1838), John Stuart Mill (1806-1873) completará el proceso de formación de un pensamiento utilitarista en este sentido que digo: ni deslumbrado por la satisfacción material y egoísta que el progreso proporcionaba, ni perdido en una mera idealización candorosa de aquellas conquistas; movido a exponer el esfuerzo reflexivo (razonable mas no racionalista) que le lleva a considerar la relación hombre-mundo como un compromiso de transformación y mejora solidarias de la comunidad en la cual el individuo se halla integrado. Téngase presente también que no es el campo sino la ciudad el espacio propicio para la gestación del utilitarismo, que no es la naturaleza sino la sociedad el objetivo de sus propuestas: no lo elemental sino lo intelectualmente cultivado contribuirá a esa mejora de las condiciones de vida. Y ello nos hará entender por qué París (en su orgullosa refundación imperial) o Londres (como metrópolis del nuevo imperio mercantil) serán los referentes primeros; y por qué, tanto el modernismo hispanoamericano como la incipiente modernidad económica y social de Canarias, es cosa urbana, cristaliza primordialmente en el paisaje y el habla de la urbe.

Manuel González Sosa ha rastreado las huellas del mundo campesino en la poesía de Domingo Rivero; huellas que identifica con el paisaje de la infancia familiar del poeta en Guía. Pero, del cotejo propuesto por González Sosa, se desprende con toda claridad que no se trata del uso de ciertos motivos cándidamente idílicos (el propio crítico lo anota así: no es un mundo aludido a propósito, “sino que aparece de modo indeliberado y accidental, una y otra vez”): llanura, viejos labradores, mastín, ermita alcanzan categoría de verdaderos símbolos; en ellos, el poeta proyecta su sentido reflexivo y una carga de sensualidad y sensibilidad muy particulares, para multiplicar el significado de cada referente en nuevos y sugeridores sentidos; no se contenta con usarlos como certificación redundante de sus recuerdos. En el pensamiento utilitarista más desarrollado se propone al individuo el reto de alcanzar la belleza, una vez se ha liberado de sus servidumbres, para *entonar* así la melodía del mundo, para *beber* el agua de las fuentes, para *aprender* la música de la poesía: una forma de comunión con el universo que, al propio tiempo, le despierta la conciencia de sus

límites (como ser, como lenguaje) ante el arcano. No el simple gregarismo de la igualdad; una comprensión solidaria en el tiempo, en el dolor, en el esfuerzo que toda vida exige para contribuir con ellos a su permanente transformación y progreso.

En resumidas cuentas, Domingo Rivero se halló –durante sus años londinenses– en el centro de un vertiginoso movimiento de renovación y cambio cultural (en el más amplio sentido) que tenía como objetivo la sociedad misma. Cambios políticos y económicos y técnicos que se reflejan en el crecimiento urbano, en la expansión del ferrocarril y los medios de comunicación, en la fuerza creciente del movimiento obrero frente a la tradicional beneficencia y atención caritativa del proletariado... Cambios que, en igual medida, provocaron una profunda crisis de ideas, el desarraigo de ciertas creencias y muchos reajustes intelectuales que hicieron recelar de ese progreso a tantos escritores y críticos, preocupados por los posibles efectos deshumanizadores de tales transformaciones, ante la importancia cada vez mayor de una clase media emergente: desde posiciones más radicales, los unos (Thomas Carlyle o John Ruskin, por ejemplo); poniendo más atención, otros (John Stuart Mill o Charles Darwin, en este caso), en la complejidad de esa nueva experiencia, donde –de forma paradójica– la filosofía utilitarista y la rehabilitación puritana evangélica venían a coincidir en la defensa de la rectitud, de la austeridad, de la proyección humana del trabajo y sus benéficas consecuencias para el progreso individual y social.

Atendiendo a lo explicado, tales propuestas de pensamiento y de acción se hallan presentes, de un lado, en la concepción y valoración del progreso que se da en la poesía de Domingo Rivero (lo individual y lo creativo frente al gregarismo inoperante que el más estrecho utilitarismo hubo de generar); y de otra parte –por la misma razón– nos parecen bastante concordes con la hondura metafísica que, en su madurez, se instala en la palabra poética de nuestro autor, y promueve lo que sería el rasgo primordial de su obra toda: aquella “lucha con el verbo”, intensa y sin tregua. Así lo explica, con aguda visión y mucha certeza crítica, Eugenio Padorno cuando habla de la “territorialidad de lo íntimo” en la poética riveriana, marcada por la decrepitud corporal, el padecimiento del tiempo y la conciencia de la muerte; con un añadido importante (y, de

acuerdo con lo que vengo diciendo, doblemente revelador): la esperanza de que toda esa “lisiadura final le entregue el secreto”. Pero Padorno insiste, al completar su lectura, en que nuestro poeta “deja que su espíritu se conduzca por los oídos del alma”, buscando así “la más acertada acomodación de la Belleza y el Bien”. Acomodación que la palabra poética ofrece como lugar primordial a esa experiencia existencial de intimidad: “su desconocer –concluye Padorno– es un llegar a conocer del poema –no del poeta– consigo mismo”<sup>9</sup>.

Juraría que el mosaico se va completando. No puedo saber (¿se sabrá alguna vez?) si aquel sedimento que digo fue producto de una influencia directa de sus años londinenses, si tiene relación inmediata con el espíritu que animaba las actividades del University College, o si –por el contrario– fue resultado de un interés muy posterior del poeta, ayudado por determinadas lecturas... Al menos con los datos que hemos reunido aquí, y con esos otros con los cuales contábamos previamente, no parece que consigamos concretar demasiado tales extremos. Pero yo mantengo mi impresión de que aquella breve estancia en Londres, y rodeado además por una atmósfera intelectual y social como la que hemos referido, alguna huella hubo de dejar en el joven escritor en ciernes que era Domingo Rivero entonces. Y por eso creo que valdría la pena hacernos algunas preguntas en relación con este asunto. Cualquier luz que sus respuestas pudieran arrojar, por tenue que fuese, de seguro contribuiría a ir completando este capítulo, aún desconocido y por ello apasionante, de la vida del poeta grancañario.

La primera cuestión sería: ¿fue realmente, el de nuestro poeta, un viaje formativo –y en cierto modo iniciático? Aparte todas esas especulaciones de carácter turbulento y novelesco, sería conveniente conocer la verdadera razón que lleva al joven bachiller a pasar una temporada fuera de la Isla. Parece probado que no lo hizo acompañado por su madre, como bien explica Eugenio Padorno frente a los presuntos testimonios familiares que yo aduje, bien que con mucha cautela, en 1967<sup>10</sup>. El propio Padorno considera mucho más verosímil la posibilidad de que tal viaje surgiera de una decisión familiar, con el fin de apartar al muchacho de una temprana vocación política (en mayo de 1869, Domingo Rivero figuraba como vocal de las Juventudes Republicanas de Las Palmas). Manuel González

Sosa, que tanto ha indagado en los antecedentes familiares del poeta, nos dice que “no es seguro que [ese viaje] persiguiera una finalidad utilitaria inmediata”; porque –aduce González Sosa– aquel hijo único (nieto también) de terratenientes de Guía, que gozaban de una desahogada posición económica y que tendría por ello también una niñez regalada, no sólo reside durante casi tres años en Londres sino que, luego, prolongará sin muchas urgencias sus estudios de Derecho en Sevilla .

Y sucede eso, precisamente cuando –y González Sosa lo demuestra documentalmente– el negocio de la cochinilla, que había proporcionado a la familia su estabilidad económica y su predicamento social, se desploma por completo (1870) y obligará al padre de nuestro escritor a liquidar primero algunos bienes (1871) e ir desprendiéndose luego, poco a poco, de su patrimonio, entre 1885 y 1886, para acabar vendiendo también el Llano de Parras, su finca más querida, en 1889. Manuel González Sosa concluye, en consecuencia, que el viaje de Domingo Rivero a Londres, y su inmediata marcha, previo paso por Gran Canaria, a Sevilla, pudo deberse a un especial interés de la familia en ocultarle la verdadera gravedad de la situación económica por la que atravesaban, procurando proteger y fomentar lo que pensaban habría de ser el mejor porvenir profesional y la mejor consideración social para su único hijo varón... Es más (y en esto González Sosa abunda en lo indicado por Padorno), todo ello pudo dejar en el poeta un poso de culpa, por su inconsciencia sobrevinida ante la situación familiar y la quebrantada salud y el padecimiento moral de su padre, de todo lo cual hubo de sentirse responsable por omisión, según se deduce de ciertas alusiones en diversos poemas dedicados a la relación del poeta con su propio hijo Juan<sup>11</sup>.

Porque, en el fondo, si la familia decide enviar a Londres al entonces graduado bachiller, era para permitirle cumplir lo que, desde el siglo XVIII, se consideraba el *grand tour* con el que culminaban su formación los jóvenes europeos, en un viaje que les permitiera ampliar sus conocimientos. Precisamente, José Clavijo y Fajardo hablaría de que ese “ir a correr Cortes” suponía un perfeccionamiento artístico y técnico; y que ese viaje siempre comenzaba en París, solía derivar hacia Italia, Alemania y los Países Bajos, y era obligado que terminara en Londres. Viaje que –como sabemos– había sido una constante entre los jóvenes

canarios del XVIII; pero que, con el crecimiento e influencia social de la burguesía, hubo de convertirse –a lo largo de todo el siglo XIX; favorecido, además, por el desarrollo de los intercambios comerciales entra las Islas y Europa– en una secuencia biográfica más para cualquier insular que aspirara a un puesto destacado en lo profesional o en lo político en la sociedad canaria, de acuerdo con su origen o su tradición familiar.

A este respecto, habrá que considerar un factor muy importante: el progreso agrario-mercantil de la economía de las Islas en la segunda mitad del siglo XIX, que se vio favorecido, primero, por la creación de los grandes puertos insulares y, más tarde, por la ley de puertos francos. Es indudable que fue esa burguesía insular (de intereses agrario-mercantiles por cierto) la que impulsó tales cambios desde una indudable voluntad de modernización; pero no puede olvidarse la decisiva contribución económica de compañías europeas, sobre todo inglesas (fundamental, la participación de Swastion-Miller en la creación del Puerto de las Isletas, en Gran Canaria), que veían en aquel enclave atlántico una posición estratégica muy valiosa para su expansión comercial y colonial. Casas consignatarias o establecimientos bancarios, líneas marítimas entre Canarias y el Reino Unido canalizaban la exportación de los productos de las Islas; y, como consecuencia, un creciente intercambio de personas entre el Archipiélago y Gran Bretaña o uniones familiares, de gran arraigo posterior, entre los insulares y la floreciente colonia británica de las Islas. Todo ello convirtió en normal el hecho de que jóvenes canarios tuvieran la posibilidad de viajar a Inglaterra, bien para cursar estudios, bien para completar su formación, bien para asistir desde allá los negocios de sus familias.

Por eso insisto en que, al margen de cualquier anécdota o mera circunstancia, convendría conocer también (y es otra de las preguntas que anunciaba y que aguardan respuesta) quién o quiénes orientaron al joven Domingo Rivero, o a su familia, para que viajara precisamente a París y a Londres, y para que –a mayor abundamiento– residiese en aquel 19, Torrington Square y se matriculara –para hacer algunos cursos– no en otra institución que en el University College que, por entonces, empezaba a dejar de ser un proyecto balbuciente y renovador observado con recelo, para adquirir un notorio prestigio intelectual, según todos los testimonios.

Además, esos estudios de Rivero ¿ocuparon, acaso, la totalidad de esos dos años largos que nuestro poeta pasó en Londres, o tan sólo resultaron ser una ocupación ocasional, como parece deducirse de esa trajeta de alumno conservada, en la que se indica que hacía un curso de verano?

De nuevo, en nuestra ayuda, algunos datos aportados por Manuel González Sosa<sup>12</sup>. Entre los amigos de juventud en Guía, muchos de los cuales serían luego compañeros de Rivero en el Colegio San Agustín, de Las Palmas, el más cercano –nos refiere González Sosa– hubo de ser Augusto Hernández Martín, por cuyo consejo Domingo Rivero se animaría a matricularse en la Universidad de Sevilla, cuando llegó el momento de iniciar sus estudios de Leyes. Hernández Martín –que aparece como fiador en la matrícula de Rivero en Sevilla– llevaba un año en la capital andaluza cuando nuestro escritor llega, en 1873; con él, Rivero compartirá incluso hospedaje, en el número 14 de la calle de Jesús. Nada extraño sería que el propio Hernández Martín u otros amigos cercanos animasen a nuestro escritor a emprender su viaje de formación, y que hasta pudieran haberle indicado la oportunidad de aquel destino precisamente, quizá porque ellos ya habían pasado por semejante experiencia. En el Colegio San Agustín, Rivero coincidiría también con Nicolas Massieu Falcón, Vicente Ruano Urquía o Leopoldo Matos Moreno, entre otros personajes luego destacados de aquella burguesía liberal y republicana de Gran Canaria –con todos los matices que los bandazos de la política local impusieran– que, hacia 1870, se hallaba muy próxima, por cierto, a los principios que animaban las nuevas corrientes intelectuales y sociales provenientes del Reino Unido, en donde –muy vinculada al progreso económico y al utilitarismo positivista– había alcanzado gran auge aquella tendencia ilustrada y filantrópica, solidaria y tolerante, inclinada a consolidar una moral universal, que auspiciaba los estudios científicos y la creación artística, promovida por la Masonería especulativa o moderna, que se hallaba en el germen de todo aquella explosiva transformación social del Londres de Domingo Rivero; y que había animado, como hemos visto, la creación del University College.

Tal vez habría que indagar la influencia que, en este orden de cosas, pudieran haber tenido los profesores isleños que enseñaron al niño y al adolescente Domingo Rivero, bien en lo que a su directo consejo se

refiere, bien a la semilla intelectual que llegaron a inculcarle: en Guía –recuerda González Sosa– Santiago Hernández o Carlos Grandy y Cabiedes, de ideas progresistas y muy próximos a gente como Esteban Bethencourt, Martín Bento, Cirilo Moreno o Amaranto Martínez de Escobar (secretario accidental del Ayuntamiento de aquella localidad, a la muerte de Carlos Grandy); en Las Palmas, los profesores del claustro del Colegio de San Agustín (Emiliano Martínez de Escobar, Diego Mesa, Gregorio Guerra, Severino Lorenzo, Ramón Puig, Tomás de Zárate...), una institución que fue el primer centro seglar de educación primaria y secundaria que hubo en Las Palmas, siguiendo la herencia de aquel espíritu que había animado la fundación del Seminario Conciliar, con una ideología marcadamente liberal. Y cómo descartar alguna relación familiar o comercial (dada la actividad mercantil de su padre) que indicase la oportunidad de ese viaje formativo para el joven Rivero; o, en fin, alguna amistad entre los políticos e intelectuales grancanarios de la primera mitad del siglo XIX, vinculados a aquellas corrientes de progreso que irradiaban entonces por Europa, y a las que se sabe no fueron en modo alguno ajenos. Un campo de investigación éste que importa abordar, sin los viejos temores o pudores que perpetuaron entre nosotros el secretismo sobre la Masonería y otras sociedades del mismo carácter<sup>13</sup>; por supuesto, para dar luz a este caso concreto del viaje de Domingo Rivero a París y Londres, pero no menos para completar el mapa de la formación de una conciencia política e intelectual de la sociedad grancanaria del siglo XIX, y para entender de qué modo esa conciencia fue sustento de la modernidad que habría de caracterizar a los escritores insulares de ese período, verdaderos fundadores de nuestra literatura contemporánea.

#### NOTAS

- 1 *Domingo Rivero. Poesía completa*. Servicio de Publicaciones ULPGC, Las Palmas, 1994. En 1998 y 2002, aparecen sendas ediciones resumidas de aquel estudio, editadas ahora por el Ayuntamiento de Arucas en colaboración con el Servicio de Publicaciones de la ULPGC, con el título de *En el dolor humano*.

- 2 El propio Eugenio Padorno indagó, sin éxito, en archivos parisinos, persiguiendo algún dato de la estancia de Rivero. La consulta que hace, por mediación de Antonio de Armas de la Nuez, sobre la estancia del poeta en Londres, resultaría también infructuosa.
- 3 El 13 de enero de 1873, Domingo Rivero figura entre los jóvenes recién incorporados a la junta del Casino Democrático de Guía, junto a Salustiano Estévez, José Suárez Estévez, Ezequiel Hernández, Félix Casanova y Félix Torres Jaques. Sin duda, Rivero estuvo presente, como se deduce de las marcas en el acta de la sesión. El Casino, sin embargo, se disolvió en el segundo semestre de aquel mismo año. Vid. "Para la biografía de Domingo Rivero". Cultura. *La Provincia*. Las Palmas, 11 enero 2001.
- 4 Falla, sin embargo, la memoria de Rivero. Dice que atravesaba Russell Square para llegar a Baker Street. Desde Torrington Square a Baker Street el poeta debía seguir una dirección totalmente opuesta, pues Baker Street se halla al oeste y, desde luego, ni está próxima a, ni desemboca en, Russell Square. ¿Quiso decir, tal vez, Guilford Street?
- 5 Allí mismo, en Gordon Square, habrían de establecerse, en los primeros años del siglo XX, los integrantes del grupo Bloomsbury.
- 6 Bentham donó su cuerpo al University College. Momificado, se convertiría en un símbolo de la institución. Sin embargo, la momificación muy deficiente acabó por desfigurar la cabeza y hubo de ser sustituida por una réplica en cera. No obstante, la original se colocó a los pies de la imponente figura del fundador, y sería sustraída en varias ocasiones por los estudiantes del King's College.
- 7 Al conocer este dato, he pensado si lo que Ventura Doreste dice, sobre el interés de Rivero por Thomas B. Macaulay, no habría que referirlo a Zachary Macaulay, padre de Thomas, y uno de los personajes que contribuyeron al desarrollo del University College. Thomas, además, estuvo vinculado al Trinity College (Cambridge), vivió en la India varios años y, al regresar a Inglaterra, se instalaría fuera de Londres hasta su fallecimiento en 1859. Además, T.B. Macaulay sostendría una áspera polémica con Henry Brougham, amigo que había sido de su padre, y persona que tanto le ayudó al inicio de su carrera política. No se olvide el historicismo optimista de Macaulay hijo: rendido ante las conquistas de la industria británica en la primera mitad del siglo XIX, que favorecieron el ascenso económico y social de la clase media, no quiso ver, sin embargo, los grandes problemas sociales derivados de un progreso exclusivamente material.
- 7 bis. Una curiosidad. Walter R. Sickert (1860-1942), había nacido en Munich pero es un artista clave en la pintura inglesa de la época victoriana. Su hermana Helena, sufragista, dio algunas noticias de su vida. Pero la curiosidad que digo es que Patricia Cornwell, tras una pesquisa en torno a la verdadera identidad de Jack el

Destripador, identifica al famoso asesino londinense con el propio Sickert, guiándose por pruebas grafológicas y de restos sanguíneos.

- 8 Todavía en 1904, confirma Quentin Bell, cronista del grupo Bloomsbury, aquel distrito se consideraba un lugar excéntrico y algo ignominioso (son sus palabras).
- 9 Vid. “Nueva divagación riveriana”. Cultura, *La Provincia*, 21 marzo 2002
- 10 En su artículo “Don Domingo Rivero y González”, aparecido en *Diario de Las Palmas* (26 octubre 1966), Néstor Alamo aún hace alusión a la compañía tutelar de su madre, doña Rafaela de San Félix González Castellano, en el viaje del joven Rivero por Europa. Cito textualmente: “gran dama de entonces –y de siempre– con residencia en el Londres victoriano y en el París de la Comuna (...) espíritu abierto al desarrollo de las letras nuevas y del evolucionar de aquellas sociedades. De ella heredó su hijo su equipo intelectual y aquella inquietud permanente que hubo de moldearle en su etapa de formación crucial defninitiva”. Y anoto: Néstor Alamo, como es evidente, hace una muy velada alusión al respecto; en todo su artículo, su preocupación primera es preservar la presunta voluntad de anonimato de Rivero y proponer, con absoluta corrección política, la inconveniencia de indagar en su vida y en su obra, lo que considera una falta de respeto a su memoria. Y ello, precisamente, en unos años en que los más jóvenes escritores insulares nos volvíamos con interés hacia lo poco que entonces conocíamos de la personalidad y de la singular escritura del poeta.
- 11 Vid. *Domingo Rivero. Enfoques laterales*, Cabildo Insular, Las Palmas, 2000
- 12 *Loc. cit.*
- 13 Vid. Manuel de Paz Sánchez. *La Masonería en Canarias*. La Guagua. Cabildo Insular. Las Palmas, 1979.